

VIAJE AL SOL EN UN AEROLITO

Pierre Boitard*

Estaba en mi ventana escuchando el canto melancólico de un ruiseñor que había anidado en un jardín vecino. La noche era magnífica y la bóveda celeste brillaba con mil fuegos movedizos. Con los codos en la ventana y la barba en mis manos, escuchaba al ruiseñor... Pero una armonía de otra manera sublime poco a poco se apoderó de mi alma: caí en esa meditación pasmosa que conocéis, por poco que hayáis viajado en una bella noche estrellada: cesé de oír al melodioso pájaro que solo alteraba el silencio de mi soledad, y mi espíritu se lanzó a la inmensidad de los cielos. Ya semejante a *Micro-megas*, de un brinco pasaba de uno a otro planeta, ya como los genios románticos, me sentaba en la frente radiante de un cometa; y allí, si no conducía a los astros del modo que lo hacía el hechicero de Melmoth, al menos admiraba su armonía celestial. Pronto mi desvarío se hizo tan profundo que mi alma, abandonando enteramente la Tierra, creyó haber encontrado un guía misterioso que la condujese en el laberinto de lo infinito y le explicase la multitud de maravillas que ocultan los cielos. Este guía era el Diablo Cojuelo, que ya otra vez me había mostrado a *París delante de los hombres*. [...]

El demonio me tomó por el brazo: sentí deslizarme en los aires con más velocidad que uno de esos meteoros que algunas veces se perciben, dejando una huella brillante en el cielo durante la oscuridad de una calurosa noche de estío. El demonio ya aumentaba o disminuía la celeridad de la marcha, según el mayor o menor interés que ofrecían los objetos que me hacía notar durante el viaje. [...]

Pregunté al demonio si había escogido por punto de partida la profundidad de los mares y si pronto llegaríamos a la superficie de las ondas.

—Mi querido discípulo —me respondió—, hemos partido de la ventana de tu gabinete: no cruzaremos las aguas, sino solamente el aire de la atmósfera. Únicamente antes de marchar te he despojado del sentimiento habitual que el contacto continuo del aire te ha hecho contraer: tú juzgas del fluido que atravesamos como el que por primera vez se encontrase sumergido en él, es decir, sin las preocupaciones que nacen del hábito.

* Boitard, Pierre, «Estudios astronómicos. Viaje al sol en un aerolito», *Museo Mexicano*, Segunda época, I (1845), pp. 333-342, 357-368, 405-410, 429-441, 516-532, 550-557. Ils. <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004623384&search=&lang=es>
Con anterioridad, en «Études Astronomiques», *Musée des Familles*, VII (1839-1840), pp. 33-46, 129-136. A lo largo de las seis entregas del texto mexicano se utilizan diferentes grabados de la publicación francesa. Unos son reproducidos de manera idéntica, pero en otros se aprecia una ligera variación del protagonista. Alguno de ellos, como el que adjuntamos, incluido en *Paris avant les hommes...*, aparece calcado al revés. Boitard recoge estos relatos en *Curiosités d'histoire naturelle et astronomie amusante. Réalités fantastiques, voyages dans les planètes, etc.* (Paris: Passard, Libraire-Éditeur, 1862).

»Por último, no te asombre que el aire te parezca tan pesado; porque en la Tierra llevas una columna que tiene dieciséis o diecisiete leguas de altura y cuyo peso equivale a una de agua de treinta y dos pies, o a otra de mercurio de veintisiete pulgadas. Lo que has tomado por corrientes submarinas no es otra cosa que vientos que soplan de diferentes puntos del horizonte y que pasan unos sobre otros. [...]

He olvidado deciros que, durante esta conversación, el genio y yo estábamos sentados en un aerolito y que del mismo modo viajamos, como sobre un dragón volante. Solamente, como nuestra luna en miniatura, dando vueltas alrededor de la Tierra, tenía un movimiento propio de rotación sobre sí misma: a cada una de sus revoluciones diurnas llegábamos a tener la cabeza abajo y las piernas en el aire comparativamente al sol; mas esta posición, por extraordinaria que pueda parecer a las lindas señoritas que me lean, nada tenía de incómodo para mí. Estaba como los habitantes de la Nueva Holanda, que son nuestros antípodas, y con los cuales nuestros parisienses andan exactamente pies con pies, sin que ni ellos ni nosotros encontremos la menor cosa que nos lo indique. [...]



Sobre el aerolito.

Fig. 11. *Sobre el aerolito*, p. 333.

De repente hice una reflexión, pero el miedo se apoderó de mí. Había leído el *Micromegas* de Voltaire, *Los viajes de Gulliver*, igualmente divertidos, las excursiones de Cyrano de Bergerac en la luna, y me decía: «Si los hombres de Júpiter y Saturno tienen de altura algunos centenares de toesas, ¿qué deberán ser los gigantes del sol? Ciertamente que si encuentro alguno de ellos en el camino, ¡me aplastará bajo sus pies sin verme!». Y en tal concepto, andando con más precaución, me puse a mirar a

derecha e izquierda, levantando los ojos al cielo, lo menos a la altura del monte Blanco, temiendo a cada instante percibir cerca de las nubes la espantosa cabeza de un enorme gigante. Resultó de esto que, no mirando hacia delante, tropecé bruscamente contra una cosa que se encontraba a mi paso: era, nada menos, una pequeña mujer de tres pies de alto que, derribada por el choque, rodó sobre el césped dando lamentables gritos. Sus quejidos atrajeron a su padre y a su marido, creí que iba a tener que habérmelas con ellos, mas no me inquieté mucho después que arrojé una mirada a los recién llegados.

Figuraos dos personajes que tienen cuatro pies de tamaño, piernas cortas y muy delgadas, pies muy anchos y sin dedos, pero armados de una sola uña, muy dura y gruesa, guarneciendo el contorno de la extremidad de la garganta del pie, a manera de un pequeño casco de caballo. [...]

—Perdonadme, señor mío —dije al demonio—: me parece que abreviáis singularmente; y si nos hacéis caminar de este modo, pronto estaremos al fin del mundo.

—Mi intención es —me dijo— haceros pasar una revista, con la mayor violencia posible, al sistema planetario, a fin de que tengáis al momento una idea neta y precisa de él; y como después debo pasearos en esos mundos, tendréis tiempo de estudiarlos minuciosamente. [...]

—Antes que partamos —dijo el soliliano dirigiéndome la palabra—, ¿no podríais hacer una corta recapitulación de lo que nos habéis dicho sobre el volumen y tamaño de los planetas, tan sencilla cuanto sea posible, por medio de una comparación vulgar?

—No solo vulgar, sino que llegará hasta lo trivial y Herschel os la hará. He aquí lo que dice: «Imaginémonos un campo o prado bastante liso y descombrado, y coloquemos allí un globo de dos pies de diámetro para representar al sol: entonces Mercurio se figurará por un grano de mostaza, teniendo por órbita la circunferencia de un círculo de 164 pies de diámetro; a Venus por un garbanzo, en un círculo de 284 pies; a la Tierra también por un garbanzo, en un círculo de 430 pies; a Marte por la cabeza de un alfiler grande, en un círculo de 654 pies; a Juno, Ceres, Vesta y Palas por granos de arena, en órbitas de 1.000 a 1.200 pies; a Júpiter por una naranja mediana en un círculo de 2.200 pies, o cerca de una sexta parte de legua; a Saturno por una naranjita en un círculo de 4.000 pies, o cerca de un tercio de legua; Urano por una guinda grande en un círculo de 8.200 pies, o tres quintos de legua. Si se quieren imitar los movimientos de los planetas en sus órbitas, Mercurio debe describir una longitud igual a su diámetro en 41 segundos; Venus en 4 minutos, 14 segundos; la Tierra en 7 minutos; Marte en 14 y 48 segundos; Júpiter en 2 horas, 65 minutos; Saturno en 3 horas, 13 minutos, y Urano en 2 horas, 16 minutos».

Apenas acabé de hablar cuando el demonio, cogiéndonos por una oreja al soliliano y a mí, nos arrebató de la cima de la montaña y nos lanzamos en el espacio con tal velocidad que no hay palabra con qué expresarla. En menos de un minuto atravesamos las dos atmósferas del sol y el espacio vacío y parduzco que nos separaba del planeta que teníamos más cerca; es decir, de Mercurio. [...]

En esto estábamos de la conversación, cuando el soliliano despertó y el pongo dejó de saltar: entonces abandonamos el cometa y partimos para Venus, adonde no tardamos en llegar. [...] Me froté los ojos, pellizqué los brazos, sacudí la cabeza; hice,

en fin, todos los gestos y contorsiones de un hombre que se cree atacado de una pesadilla y se esfuerza en despertar, al ver ratones y perdices cazar perros, gatos y halcones: creí que dormía y soñaba, tan extraordinario y contranatural me parecía esto. El demonio leyó lo que pasaba en mi espíritu.

—Señor mío, siento decíroslo, pero no seréis de la tela de que se hacen los grandes naturalistas si no sentís el poder de la analogía. ¡Hoy juzgáis de todo por analogía, y he ahí por qué en Francia abundan tantos hombres grandes, desde el cuarto del portero hasta la más alta guardilla! ¡La analogía es la regla de todo, todo lo gobierna, y jamás se engaña: es la sibila de los legisladores mismos! Ved cómo conduce infaliblemente a la verdad; he aquí un ejemplo. Se encuentra en la Tierra una cabeza fósil, un omópato y una falange, todo monstruoso; prontamente, al momento, buscamos analogías, y sabemos lo que es ese extraño fósil.

»“Tenía trompa la analogía”, dice un sabio, “os prueba que era elefante”. “No”, dice otro, “ved la fuerza que debían tener los músculos de su pescuezo; era ballena”. “Os engañáis”, responde el tercero; “estos largos dientes os prueban que era una morsa”. En cuanto a mí, llegué con una falange del pie delantero y probé que era un topo de dieciocho pies de longitud, sin la cola, y sostuve que la *dinotherium giganteum* no era otra cosa que la abuela del topo, que...

No tuve tiempo de acabar, porque el demonio, el soliliano y hasta el mismo pongo reían locamente a pierna tendida. Esto me chocó singularmente, y guardé silencio. [...]

Habíamos llegado a una comarca en la luna de la cual tendréis una idea muy exacta si habéis visto las montañas volcánicas de Puy de Dôme o viajado en los Campos Phlégréens. Herschel ha visto perfectamente el país en que estábamos, menos algunas particularidades que la distancia le impedía percibir a pesar de la perfección de su telescopio. He aquí lo que dice: «La constitución física de la luna se conoce mejor que la de los otros cuerpos celestes. Con la ayuda de los telescopios, distinguimos desigualdades en su superficie que solo pueden ser montañas y valles, puesto que vemos que las primeras proyectan sombras cuya longitud se acerca exactamente a la inclinación de los rayos solares en los lugares de la superficie de la luna donde se observan esas desigualdades». [...]

Al instante corrimos a una pequeña colina para ver de qué se trataba. Descubrimos dos monstruos horribles: uno era un plesiosaurio con cuello de serpiente, y el otro un pterodáctilo de cuerpo escamoso y alas de murciélago. Se parecían mucho a aquellos animales que el demonio me había mostrado en *París delante de los hombres*; con la diferencia de que estos eran seis veces más grandes, es decir, que el plesiosaurio tenía ciento cincuenta de largo, y el pterodáctilo noventa pies del extremo de una ala a la otra. Este último revoloteaba alrededor del otro de una manera hostil; pronto iba a comenzar un terrible combate, mas el demonio sacó de su bolsa un reloj de Breguet, miró la hora y nos dijo:

—Mis caros amigos, ya es más de medianoche, hora bastante regular para enviaros a acostar; así pues, dormid bien. Tal vez nos volveremos a ver el día menos pensado si el viaje que os he hecho hacer os ha divertido.

Diciendo estas palabras, desapareció, y los demás de la expedición nos encontramos en el baluarte de París, atónitos, como personas que habían caído de la luna. El

ángel celestial, que hasta entonces tranquilamente había dormido en su caja, alzó la cabeza por la tapa y percibió el magnífico coche de un elegante que volvía de la ópera. Al momento el ángel celeste dio un grito diabólico, pidió auxilio como si lo matasen y lo llevasen a fuerza. El elegante carruaje se detuvo, los curiosos se reunieron en gran número y nos circundaron; el pueblo tomó piedras y la sarracina comenzó de tal modo que parecía deber terminar mal para el pongo, porque no quería dejar su caja a pesar de los requerimientos del comisario de policía y de los cañonazos de la guardia nacional. En cuanto a mí, llegué a deslizarme en medio del tumulto y a todo correr entré en mi casita de Montrouge, de donde no salí en quince días.

Entonces supe que el sabio soliliano había sido alojado y alimentado por el Gobierno en Charenton (hospital de locos). El ángel celestial de un momento a otro debía estrenarse como bailarina de la ópera. El pongo, el venusiano y el saturniano habían sido reclamados por el propietario de una colección de animales, el cual sostuvo descaradamente que se habían huido de su casa. Se los entregaron y los enseña por dos sueldos a los curiosos que desearan ver el orangután, el chimpancé y la mujer salvaje de los albinos mares del Norte. Por lo que respecta al martiano, fue más feliz porque obtuvo el empleo futuro de criado del etíope, dueño de la jirafa.